

Bibliotecas para analfabetos.



(Los Lunes de El Imparcial. Madrid, 23 octubre 1916)

"Pero ¿por qué no escribe usted para todo el mundo?", me preguntó una vez un sujeto. "¿Y quién es todo el mundo?", le repregunté. Y como no supo decírmelo, se lo dije yo, añadiendo: "Todo el mundo son los que no leen, y ni se puede ni se debe escribir para los que no leen." "Es que si se escribe para ellos lo leerán", me arguyó. Y yo: "Se equivoca usted. Ni se pinta para ciegos, ni se compone o se ejecuta música para sordos, ni se escribe para analfabetos. Y ese todo el mundo para el cual quieren ustedes algunos que escribamos es un mundo de analfabetos. Y lo son muchos de quienes se dice que saben leer y hasta escribir. O son, si usted quiere, iletrados. Y lo son por culpa de quien les enseñó las letras."

De este analfabetismo o iletradismo me acuerdo cada vez que se habla de fundar bibliotecas populares, que no suelen ser mas que bibliotecas para analfabetos. Y, es natural, no hay quien vaya a leer, como no sea periódicos, o a ver los santos, a tales bibliotecas.

Pues las llamadas bibliotecas populares no pasan de ser un error pedagógico. Como lo son los libros de lectura para los niños, libros que son la causa de que tantos y tantos niños no gusten luego de leer libros. Como que en nuestras escuelas se le inculca al niño el horror al libro.

Los libros que se leería la gente del pueblo están en las bibliotecas públicas generales, de las que se quiere diferenciar las populares, y si esa gente no va a aquellas bibliotecas no es ni porque los locales les sean poco accesibles o poco cómodas las horas a que están abiertos; no van a ellas sencillamente porque no saben leer libros, porque no se les ha enseñado, cuando se debía enseñarles, a leer libros. Y si se le dejara a esa gente que formara ella su biblioteca, no la formaría de libros, o entrarían aquellos que no deben entrar en ninguna biblioteca pública, sea popular o no lo sea. Entraría toda la embrutecedora morralla de los infames novelones por entregas y libracos de esos que se venden clandestinamente y a sotamano.



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

El mal no radica en la falta de bibliotecas populares, ni con éstas se conseguirá que lean libros los que hoy no los leen, es decir, los iletrados o analfabetos en el más amplio sentido. El mal viene de la escuela, de que en ésta no se enseña a leer libros.

Y en la escuela de primeras letras no se enseña a leer libros porque el maestro, que es quien habría de enseñarlo, tampoco los lee. Algo peor que no leer libros, y es que tan sólo lee "sus" libros, los libros de los maestros y para los maestros, esos horriblos y entontecedores libros "pedagógicos". El maestro suele tener su literatura aparte, que quiere ser pedagogía y no es ni literatura ni pedagogía. El maestro tiene sus libros de texto y sus libros de lectura escolar; pero estos libros no son libros que enseñen a leer otros; no son libros que deban figurar en ninguna biblioteca pública educativa.

¿Quién recuerda que en la escuela se le hiciese leer, y leer dándose cuenta de lo que leía, un libro cualquiera de los que no mueren, de los que nos revelan el mundo de nuestro propio espíritu y el espíritu propio del mundo?

La escuela es la enemiga de las bibliotecas públicas; la escuela tiene la mayor culpa de que no haya gusto a la lectura de libros, que se lea tan poco libro; la escuela es la que, enseñando a leer y a escribir, esto es, a deletrear y a garrapatear, hace analfabetos, iletrados.

Parece que el remedio consistiría en poner una pequeña biblioteca en cada escuela, en convertir en biblioteca popular la escuela y que el maestro leyese e hiciese leer a sus discípulos libros libres; es decir, libros que no se hubiesen escrito para ser leídos en la escuela; libros, sobre todo, sin mancha de pecado original pedagógico; libros que no fuesen, en ningún sentido, de texto. Pero ¡ay! así que se establecieran esas bibliotecas escolares, ya estaría la turbamulta de famélicos escritores pedagógicos y de autores de textos escribiendo para ellas. Y el maestro, encantado. Porque ¿cómo va a llevar y leer y hacer leer en la escuela la última novela, el último poema, el último libro de historia o de filosofía o sobre arte que haya aparecido y merezca la pena de ser leído? ¿Cómo va a saber si merece la pena de ser leído en la escuela si algún pedagogo, con razones pedagógicas, no se lo recomienda?

Obra clásica quiere decir obra de clase, para ser leída y comentada en la clase. Y





en las clases se leía y se comentaba a Virgilio, a Horacio, a Tito Livio, a Tácito, a Cicerón, a Ovidio... pero ni Virgilio, ni Horacio, ni Tito Livio, ni Tácito, ni Cicerón, ni Ovidio, ni ningún otro autor clásico romano escribió para que sus libros fuesen leídos y comentados especialmente en las escuelas. Los escribieron para el mundo, que es la gran escuela y la única; los escribieron para todo el mundo. Para todo el mundo que lee, naturalmente, y no para los analfabetos.

Pero es que en los tiempos en que se leía en clase las obras clásicas de Virgilio y de Tito Livio y de Cicerón, aunque había pedagogos, no había pedagogía, sino enseñanza.

He estado leyendo el excelentísimo "Somario di pedagogia come scienza filosofica", de G. Gentile, libro—y no de texto—que no recomiendo a nuestros pedagogos, pues les levantaría jaqueca, dejándoles la cabeza caliente y los pies fríos y sin formulillas que poder aplicar mecánicamente en la escuela. He estado leyendo ese libro henchido de vida y de noble pasión, y he vuelto a comprender, y a comprender mejor que antes lo comprendía, por qué se sale de nuestras escuelas sin afición alguna a la lecturas de libros, sin saber leerlos.

Llegáis a un pueblecillo, a un lugarejo, y sentís la necesidad de algún libro con que llenar las horas de soledad del espíritu y con que comulgar con el ancho mundo de fuera. Se os ocurre ir a buscarlo a casa del maestro—¿dónde mejor?—y no lo encontraréis. Allí no encontraréis, a lo sumo, mas que algún libro de maestros, escrito por algún pedagogo y para pedagogos, y ese libro no os sirve, porque os dejaría más solo al espíritu y no os haría comulgar con nada. Y no se diga que el maestro no tiene recursos pecuniarios para procurarse libros. Si se los dais, no los lee. Y si no que hablen los inspectores de Primera enseñanza, que andan en eso de las bibliotecas circulantes.



No, bibliotecas populares, específicamente populares, lo que se llama así, bibliotecas para analfabetos... ¡no! Es perder el tiempo. Sólo se leería, o mejor, se deletraría en ellas lo que no debe leerse, lo que ningún educador del pueblo le debe dar a leer. Lo que hace falta son bibliotecas para maestros; lo que hace falta es enseñar a los maestros a que lean y enseñen a leer libros; pero libros clásicos, de clase, para la escuela del mundo y para el mundo de la escuela, y no libros pedagógicos, no libros de textos. Pero se da el triste caso de que en las escuelas de maestros de escuela tampoco se enseña a leer libros que merezcan ser leídos.

Saqué el espíritu acongojado de unas oposiciones a escuelas de niños cuyo Tribunal presidí hace poco. Aquellos desgraciados opositores se habían estado envenenando con la lectura de unos libros de texto horribidos, antiliterarios, anticlásicos, disparatadísimos. No parecían haber leído más que libros de maestros, escritos por maestros y para maestros, acaso algún infame manual del opositor a escuelas. Porque la corrupción intelectual—y a la vez moral—del funcionario público es tan grande que hay quien se dedica a escribir prontuarios para contestar al cuestionario de tal o cual programa oficial. Y el libro programático es la más hedionda pervisión del libro.

No me cabe duda de que la mayor culpa de que en España se lea tan poco y se lea tan mal les cabe a los libros de texto. Y si se quiere que el pueblo lea, mejor que fundar bibliotecas populares, bibliotecas para analfabetos, será perseguir los libros de texto. Pero no para desterrar de la escuela el libro, como quieren algunos pedagogos confusos y mal aconsejados. Lo que hay que desterrar de la escuela es el libro de escuela, el que se llama así: el libro de texto. "¡Nada de lecciones de libros; lecciones de cosas!", me decía papagayescamente un maestro de escuela. Y le repliqué: "¿Pero es que usted cree que "La vida es sueño", de Calderón, pongo por caso, no es una cosa tan cosa como un animal o una planta?"

Mientras los maestros no cobren amor a la lectura e inteligencia de ella, todo eso de esas bibliotecas es perder el tiempo. Y los maestros no pueden cobrar amor a la lectura mientras tengan que prepararse a las oposiciones a escuelas leyendo lo que hoy leen.

Miguel de UNAMUNO

